

diendo sufrir más las excusas que á cada momento le daban de los malos tratos que le habian hecho antes, salió secretamente del monasterio, sin que despues se supiera á dónde se retiró, ni cuándo murió.

Esta historia, contada por Paladio en el libro octavo de los padres de la soledad, se encuentra tambien en el libro quinto referida por Pelagio diácono, como habiendo sido contada por San Basilio. Y si este es el de Cesarea, ella debe haber tenido lugar á lo más tardar por el año 375, segun la observacion de Tillemont.

Dijimos en la Vida de San Teodoro que fundó un segundo monasterio de religiosas en Bechré.

San Jerónimo dice que habiendo Santa Marcela sabido por los sacerdotes de Alejandria, despues por San Atanasio, y por último por Pedro su sucesor, la manera de vivir de los monasterios de San Pacomio y de las virgenes y viudas, no tuvo vergüenza de hacer profesion de lo que conoció ser agradable á Jesucristo, y que muchos años despues de ella fué imitada por Sofronia y otras. De este modo el instituto de las religiosas de Tabennes fué conocido en Roma, en donde aquellas santas damas empezaron á formarse bajo su ejemplo abrazando una vida regular, y honrando entre las mugeres de condicion la vida solitaria, que era antes poco estimada, como lo advierte este Padre.

De las religiosas de Tabennes puede principalmente entenderse lo que dice San Agustin en su libro *de los Monges de la Iglesia católica*, cuando despues de haber alabado la virtud de los monges y de los cenobitas, dice de las religiosas que seguían la misma regla, que servian á Dios con gran pureza y fidelidad.

---

### SANTA EUFRASIA <sup>1</sup>

Además de los monasterios de las religiosas de la orden de Tabennes hubo otros muchos más en lo restante de la Tebaida. Dijimos en otra parte que el número de las virgenes consagradas á Jesucristo en solo la ciudad de Oxyrhynca se acercaba á veinte mil. Hay todos los motivos para creer que estas religiosas pertenecian á comunidades diferentes y numerosas. Paladio dice que en la ciudad de Antinoé, había doce monasterios de mugeres, que vivian en una exacta observancia. El mismo historiador habla de la comunidad que gobernaba Santa Talides, y habla de algunas de las siervas de Dios que allí había. No ofreciendo estos detalles un interés particular, el Padre Marin los ha resumido muy brevemente, y creemos inútil detenernos en ellos. Pero, á ejemplo suyo, hablaremos bastante largamente de Santa Eufrasia ó Eufraxia, tan célebre entre los griegos, y cuya virtud tanto honra al estado monástico.

Las actas de la vida de Santa Eufrasia contadas por los continuadores de Bolando, dicen que había en Constantino-  
pla en tiempo del emperador Teodosio, que nosotros creemos ser el Viejo más bien que el Joven, <sup>2</sup>, un señor llamado Antígono, de la orden de los senadores, gobernador de Lycia,

<sup>1</sup> Los Bolandistas.

(1) Teodosio I reinó desde 379 á 395 Teodosio II desde 408 hasta 450. No tenía más que ocho años cuando sucedió á su padre Arcadio hijo de Teodosio I.

Seguimos la opinion que fija la historia de Santa Eufrasia al final del siglo IV y que fija el año 412 por fecha de su muerte.

que se desposó con una jóven llamada Eufrasia, de una condicion tan distinguida como la suya, puesto que ella tenía como él el honor de ser pariente del emperador.

Sin embargo estos no eran sino los menores títulos al lado de sus cualidades personales; porque la prudencia y la piedad de Antígono no le hacian menos querido al príncipe que los derechos de la alianza, lo que hacía que tomase de buena gana sus consejos y se servía útilmente de él en el gobierno del imperio. En cuanto á Eufrasia, tenía el temor y amor de Dios tan grabados en el corazon, que su principal ocupacion era la oracion, y se aplicaba toda entera á las buenas obras, lo cual le conciliaba la estima del emperador y de la emperatriz y le hacía soberanamente respetar en la corte y en la ciudad.

Dios bendijo su matrimonio desde el primer año, por el nacimiento de la hija de que hablamos, á la que en el bautismo se puso el nombre de su piadosa madre. Sus padres, acostumbrados á reconocer con devocion los dones del cielo, se propusieron no educarla más que para hacerla digna de ocupar en él un dia los primeros asientos. No se limitó aqui su piedad; sino que considerando la nada de las riquezas y grandezas del mundo, resolvieron de comun acuerdo desapegarse siempre de él, fijar toda su atencion en la educacion de su hija, y vivir como si hubiesen abrazado la vida religiosa.

Apenas hubo trascurrido un año y algunos meses despues de su resolucion, cuando Antígono, ya maduro para la eternidad, dejó esta vida para entrar en otra mejor, y dejó á su esposa viuda en la flor de la edad. Toda la ciudad mostró su sentimiento por la pérdida de este senador, cuya probidad no era fácil reemplazar, y cuyas virtudes tanto la habian edificado. El emperador y la emperatriz le lloraron como á pariente suyo, y como á uno de los más firmes apoyos del imperio, y nada omitieron para enjugar las lá-

grimas de Eufrasia, cuyo dolor les conmovía tanto más cuanto que la pérdida que ella había experimentado era grande.

Cuando la hija hubo llegado á la edad de cinco años, el emperador, que la había tomado bajo su proteccion y se había encargado de su tutela, aconsejó á su madre que la concediera en matrimonio al hijo de un rico senador, cuyo mérito justificaba la eleccion del príncipe. Eufrasia consintió en ello, y recibió por esto prendas para su hija, aguardando á que fuese casadera; pero mientras que no pensaba más que en fijar el destino de su hija, fué ella misma buscada por un senador que hizo poner en movimiento, sin saberlo Teodosio, á muchas damas de la corte para con la emperatriz, á fin de que esta favoreciese su designio; lo cual hizo esta princesa sin decir nada al emperador, por miedo de que no pusiese á ello obstáculo.

Eufrasia no oyó la proposicion sino con una gran sorpresa; y muy lejos de consentir á ella, su respuesta fué una negativa que quitó toda esperanza de determinarla jamás á ello. Teodosio no tardó en informarse de lo que pasaba; llevó á mal que la emperatriz se hubiese encargado de intentar este negocio, y que se le hubiese hecho un misterio; hasta se lo reprochó y le demostró con algun disgusto que sabiendo que Eufrasia había consagrado á Dios su viudez, no podía ella proponerle segundas nupcias sin faltar á la religion, á sí misma, y á la memoria de Antígono.

Esto causó alguna frialdad entre ellos, de suerte que viendo Eufrasia que por causa suya se había interrumpido la buena inteligencia en la familia imperial, y temiendo, por otra parte que su juventud, su belleza y sus grandes bienes la expusiesen á otras semejantes proposiciones, resolvió retirarse secretamente con su hija á Egipto, bajo pretexto de ver por sí misma las ricas posesiones que allí tenían.

En Egipto tuvo ocasion de visitar los diferentes monasterios de hombres y mugeres que eran en gran número en

aquella provincia, y cuyo buen olor se había esparcido hasta Constantinopla. Allí distribuyó las abundantes limosnas que su piedad le inspiraba, y para las cuales le suministraba medios su opulencia.

Entre los monasterios que allí visitó, había uno en la Tebaida compuesto de más de cien religiosas que vivían en gran reputación de penitencia y santidad. Ellas no comían fruto alguno, no bebían vino, no usaban aceite y solo se alimentaban de yerbas y legumbres sin ningún condimento.

Su ayuno menos riguroso consistía en no comer más que una vez al día por la tarde. Muchas pasaban dos y tres días sin tomar nada, y algunas veces llevaban aun más allá su abstinencia. No se lavaban los pies, lo que era en aquel país una dura mortificación, y rechazaban el uso de los baños como una molición indigna de su profesión, aun cuando fuesen muy comunes en aquella provincia en donde los calores son extraordinarios.

Su cama consistía en un cilicio de piel de cabra muy corto y estrecho, tendido simplemente sobre la tierra. Su hábito era de la misma calaña y bajaba hasta la extremidad de los pies. Guardaban exactamente la clausura y cada una trabajaba según sus fuerzas. Finalmente cuando Dios las visitaba con alguna enfermedad dábanle por ello acciones de gracias y entregaban á su providencia el cuidado de su corazón, si tenía á bien conservarles la vida, sin recurrir para esto á ningún auxilio de la medicina. Tal era la austeridad de vida de aquellas buenas religiosas que edificaban tanto á toda la provincia que, confiando cada uno en sus oraciones, iban muchos á recomendarse á ellas para obtener de Dios la curación de sus males ó la libertad de los pesos.

Eufrosia, sumamente conmovida por aquella santidad, experimentaba gran consuelo en verlas frecuentemente, y

llevaba siempre consigo á su hija, la cual entonces podía tener unos siete años próximamente. Ella les daba perfumes y cirios para su oratorio; y hubiérase hecho regalos mucho más considerables, sino hubiese atendido más que á su liberalidad; pero el desapego de aquellas religiosas era tan perfecto, que un día en que ella quiso ofrecerles una suma de veinte ó treinta libras de peso de oro, la superiora respondió en nombre de todas que no deseaban plata, habiendo renunciado á todos los bienes y comodidades del siglo, para hacerse más dignas de las riquezas y delicias de la eternidad; y que ellas aceptarían solamente un poco de aceite para la lámpara de su oratorio y algunos perfumes para quemar sobre el altar; lo cual Eufrosia les dió de buena gana, recomendándose mucho á sus oraciones con su hija y Antígono.

La superiora se complacía algunas veces en conversar con la joven Eufrosia, en quien reconocía prematuras disposiciones para la piedad; y queriendo sondear á manera de recreación los sentimientos de su corazón, le preguntó un día si amaba su monasterio y á todas las hermanas que en él había, á lo cual ella respondió que sí, con mucha dulzura é ingenuidad. « Pues, entonces, le dijo la superiora, si nos amas, quédate con nosotras. » — Por cierto, respondió la niña, yo lo desearía mucho si esto no sirviera de pena á mi madre. »

La superiora replicó: « ¿ á quién amas más: á nosotras, ó al esposo á quien te tienen prometida? » — « Yo no le conozco, respondió ella, ni él me conoce á mí. Pero á vosotras os conozco y amo. Y vos prosiguió ella, ¿ á quién amais más: á mi desposado ó á mí? » — « Nosotras te amamos mucho, replicó la superiora y también Nuestro Señor Jesucristo. » — « Y yo, replicó también la niña, os amo y Nuestro Señor Jesucristo. »

Este diálogo se pasó con una santa alegría, y Eufrosia la

madre, que se hallaba presente, demostraba la suya con dulces lágrimas. Pero la cosa fué más seria cuando fué necesario salir del monasterio; porque entonces la niña dijo á su madre que deseaba quedarse allí, y persistió en su resolucion, por más dificultades que se le propusieron para desviarle de su propósito.

Pareciendo su resistencia más bien un capricho de criatura que una real vocacion, creyóse que dejándole pasar la noche en el monasterio, á la mañana siguiente no tendría más ganas de quedarse en él, y con esta esperanza su madre consintió en ello voluntariamente. Pero al dia siguiente, se vió que su voluntad no había cambiado, aun cuando se le propusieron nuevas dificultades hasta tal punto que, habiéndole representado la superiora que si quería quedarse, había de aprender de memoria el salterio y ayunar como las demás religiosas, consintió á todo é iustó siempre á fin de que accediesen á su súplica.

Reconociendo la superiora algo sobrenatural en su constancia, dijo á la madre: « Dejad, señora, á vuestra hija con nosotras; porque aquí hay un golpe de la gracia que obra en ella. Vuestra piedad, la de Antígono y las oraciones que los dos habeis hecho por ella, le han abierto el camino de la vida eterna. »

Eufrasia, cuya virtud estaba sobre la ternura, tomó entonces á su hija, la llevó delante de la imágen de Nuestro Señor, y levantando las manos al cielo, exclamó llorando: « Señor mío Jesucristo, recibid bajo vuestra proteccion á esta criatura, puesto que ella no desea más que á Vos y se entrega del todo á vuestro servicio. » Y volviéndose hácia su hija añadió: « Que el Señor, que ha puesto las montañas sobre fundamentos inquebrantables, te confirme siempre en su saludable temor ». Al mismo tiempo la entregó á la superiora; pero, aun cuando muy resignada á la voluntad del Señor, despertándose más que nunca la naturaleza en

este acto, y sintiendo más vivamente esta separacion, la piadosa madre prorrumpió en un torrente de lágrimas, que las hizo tambien brotar abundantemente de los ojos de todas las religiosas.

Pocos dias despues, la superiora introdujo á la jóven Eufrasia en el oratorio, en donde le vistió el hábito religioso haciendo por ella esta oracion al Señor: « ¡ Oh rey de los cielos! Acabad en esta niña la obra de santificacion que habeis comenzado. Concededle la gracia de seguir en todo vuestra divina voluntad, y de poner en vos el apoyo y la confianza. »

Cuando su madre la vió vestida con el austero hábito, le preguntó si estaba contenta de él; á lo cual respondió que lo amaba mucho, porque le habian dicho que era una prenda de seguridad dada á sus esposas. A lo cual añadió su madre: « Deseo, querida hija mia, que este esposo celestial á quien te has entregado, te haga digno de sus castos abrazos. » En seguida la abrazó, y despidiéndose de la superiora, no pensó ya más que en responder por su parte á los designios de perfeccion que Dios tenía sobre ella.

No solamente continuó sus obras de caridad, que eran muy considerables, sino que emprendiendo con maravilloso ardor los trabajosos ejercicios de la penitencia, para imitar la que su hija acababa de abrazar, se abstuvo enteramente del uso del vino, de la carne y del pescado, y ayunó todos los dias hasta la noche, contentándose entonces con comer legumbres ó algunas yerbas.

Aun cuando su piedad habia sido antes muy edificante, brilló más que nunca desde este tiempo. Su fama llegó á oídos del emperador y del senado de Constantinopla, en donde cada uno añadió á la estima que siempre habian tenido por ella, nuevos elogios y testimonios de una profunda veneracion.

Ella vivió así todavía algunos años hasta que, acercándose

su fin, fué advertida por la superiora del monasterio de su hija, á quien Dios le había hecho en sueños una revelacion, haciéndole ver á Antígono en una gran gloria, que rogaba á Nuestro Señor que se asociase á su esposa Eufrasia en la dicha de que gozaban.

Esta santa religiosa la tomó en particular, cuando fué al monasterio para ver á su hija, y le declaró lo que Dios le había dado á conocer. Ella no tuvo necesidad de valerse de consideracion para comunicárselo, como si hubiera sido cuestion de anunciarle alguna sensible noticia. Eufrasia habia progresado tanto en la piedad que no se consideraba ya sobre la tierra sino como en un lugar de destierro, considerando el cielo como su patria, y dirigiendo allá sin cesar los afectos de su corazon. Así que cuando supo por la superiora que debía morir pronto, dió muestras de una grande alegría como de un favor insigne, nada deseando tanto como verse unida con Jesucristo por toda la eternidad.

Su hija á quien dió la buena noticia que la superiora le habia comunicado y á la cual recomendó que distribuyera santamente los bienes que iba á dejarle, no demostró ni la misma alegría ni la misma tranquilidad de espíritu. Abandonóse por de pronto á la ternura natural, y en los primeros excesos de su dolor, exclamó, derramando muchas lágrimas, que iba á quedarse huérfana; pero su piadosa madre la consoló y le dijo que no tenía que temer cosa alguna, habiendo tomado á Jesucristo por padre y esposo, y que la superiora le haria las veces de madre. En seguida le dió sus últimas instrucciones en estos términos: « Apresúrate, hija mia, á cumplir lo que has prometido á Dios. Teme al Señor y honra á las hermanas. Jamás digas dentro de tí misma que siendo de la sangre del emperador, deben ellas servirte; sino que al contrario, sirveles tu misma á ellas con sentimientos de una sincera humildad. Hazte po-

bre en la tierra á fin de que participes de las riquezas del cielo. Hete ahí dueña de todos mis bienes; haz participante de ellos al monasterio, y ruega por tu padre y por mi, á fin de que uno y otro obtengamos misericordia delante de Dios. » Tales fueron los últimos consejos que ella le dió. Murió tres dias despues, y fué sepultada en el monasterio.

Habiendo el emperador sabido su muerte, hizo notificarlo al hijo del senador á quien la jóven Eufrasia habia sido prometida dándole á entender al mismo tiempo que habia roto sus compromisos con el estado que habia abrazado. Sin embargo escribió á nuestra Santa que vólviese á Constantinopla para llevar á cabo su matrimonio, lo cual hizo sin duda más bien para conceder algo á las súplicas de aquel jóven senador, que con la intención de que ella accediese al mismo.

Eufrasia estaba demasiado firme en su vocacion para pensar en abandonar el monasterio, y le respondió de esta manera: « ¿ Quisiérais vos, ó emperador, inducir á vuestra sierva á dejar á Jesucristo por un hombre corruptible que hoy es y mañana no es, y que ha de ser un dia pasto de los gusanos? ¡ Dios preserve á vuestra sierva de un tan gran pecado! Os suplico que más bien persuadais á este hombre que no os importune más sobre el particular; porque yo he tomado á Jesucristo por esposo, y me es imposible romper mis lazos. Suplicoos tambien que os acordeis de mis padres, y dispongais de los bienes que me han dejado en favor de los pobres, de los huérfanos y de las iglesias. Yo sé cuánto honrabais á mi padre con vuestra estimacion, puesto que queriais que estuviese á vuestro lado. En nombre suyo, pues, y tambien por el amor de mi madre, os suplico que empleeis sus bienes en obras buenas, que concedais la libertad á todos sus esclavos, y condoneis á sus arrendadores lo que debían desde la muerte de mi padre, á fin de que,

no teniendo ya solicitud alguna por los bienes de la tierra, esté yo con Jesucristo sin estorbo alguno. Rogad al Señor que vuestra sierva le sea fiel. Atrévome á pedir la misma gracia á la emperatriz vuestra esposa. » Ella firmó su carta y la envió por el mismo oficial que le había traído la del emperador.

Cuando este príncipe la hubo recibido, entró con la emperatriz en su gabinete, en donde la leyeron juntos y derramaron uno y otro muchas lágrimas. Al día siguiente, hizo leer en pleno senado, se hizo avisar espresamente al padre del jóven senador á quien Eufrasia había sido prometida.

Todos quedaron maravillosamente edificados de ella, y, aplaudiendo cada uno la virtud de la que la había escrito, reconoció en ella con admiración el noble valor y la eminente piedad de Antígono y de su esposa. No se atrevieron ya á hablar más de llamarla para llevar á cabo su matrimonio, y el emperador ejecutó fielmente sus intenciones en la distribución de los bienes que ella tenía en Constantinopla y en los contornos.

Eufrasia solo tenía entonces doce años, y el progreso que hacía en las virtudes religiosas estaba tan sobre su edad, como la prudencia y generosidad que había manifestado en su carta. De este modo, libre de todos los cuidados de la tierra por la piadosa distribución de los bienes, dirigió toda su atención á santificarse siempre más y más por un acrecentamiento de fervor.

Entonces fué cuando comenzó á entrar en aquellos grandes combates contra el demonio y contra sí misma, que forman la principal materia de su elogio por las victorias que obtuvo y las coronas inmortales que en ellos recogió.

El amor de la penitencia la llevó muy pronto á hacer su ayuno más austero. Al principio no comía más que una vez al día; después no lo hacía sino cada dos ó tres días.

Más tarde no comió más que una vez por semana, lo cual no pudo sostener sino por un milagro sensible, como se juzgará por lo que sigue. Sujetóse á los oficios más bajos del monasterio, é hizo voluntariamente sierva de todas las hermanas con una humildad tal que todavía no se había visto otra tan profunda y dulce en las demás. No ponía atención alguna en la delicadeza de su cuerpo, y no sabía medir según sus fuerzas la grandeza del trabajo; sino que estando siempre más pronta en humillarse y siendo todos los días más trabajadora, no le espantaba cosa alguna por penosa que fuese, y nada había bajo en la casa que ella no se reservase para hacerlo, como la función que le era á ella más propia que á nadie.

Sin embargo el demonio, siempre atento á estorbar los progresos de las almas santas, no pudo ver los suyos sin esforzarse en detenerlos. Empezó por la tentación en el espíritu; y no pudiendo salirse con la suya, prosiguió pronto empleando la obsesión y la fuerza abierta. Eufrasia se servía útilmente contra él de un medio que estaba en uso entre aquellas fervorosas religiosas, y que tanto más podían sostenerlo, cuanto que confundía el orgullo del príncipe de la soberbia, oponiéndole la obediencia y humildad.

Era una regla establecida entre las hermanas el declarar sus tentaciones á la superiora, la cual consiguientemente les daba consejos necesarios y prácticas proporcionadas á su situación. Eufrasia espantóse al principio con los primeros ataques del enemigo, no habiéndolos experimentado hasta entonces semejantes. Ayudóse mucho del consejo de una hermana llamada Julia que había sido su maestra; y manifestando fielmente por consejo suyo su estado á la superiora, todas las veces que el demonio renovaba la tentación, salía siempre victoriosa de ella, por violenta que fuese.

Su gran zelo por el bien, el odio y el horror que tenía á